LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 42.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Un año 160 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Un mes 16.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 100 rs.—Seis meses 55 rs.—Tres meses 30 rs.—Un mes 11.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
PRECIO DE LA EDICION DE LUJO.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Esquina de pañuelo. — Entredoses.— Pantalla.— Guarnicion de enagua.—Platillo para lámpara. — Villanesca, música de tenor y contralto.—Fray Juan.—Los teatros por dentro.—El page.—Nubes y flores.—Cuento.—La familia del pescador.—La ambicion.—Figurin iluminado.

Esquina de pañuelo.

La orla se hace con hilos sacados; se festonean los cuadros interiores y los bordes de estos calados, ó bien se hace en ellos un punto de escala. Los medalloncitos prolongados que alternan con los ramos se hacen de realce y punto de armas; el cuadro que contiene la inicial es de sobrepuesto; es decir, que se pone un pedazo de batista encima ó debajo del pañuelo, que se festonean los contornos del cuadro, y que se recorta la batista por fuera del feston. En las demás esquinas se continúa la orla suprimiendo el cuadro.

Entredoses.

Se hacen de realce y á punto ruso; se rodean con puntos de escala. Este punto ruso se halla ya explicado en números anteriores.

ENTREDOS.

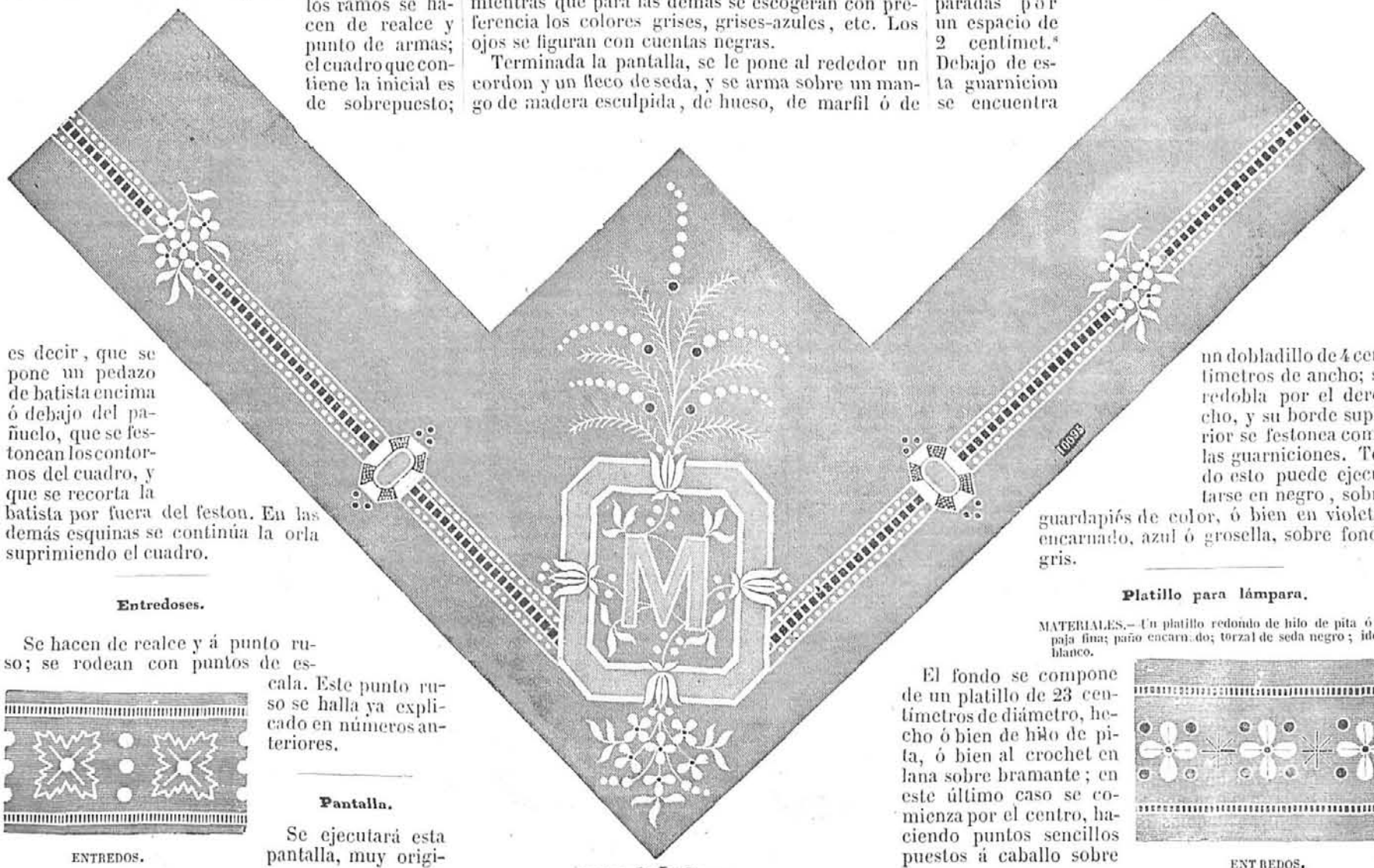
Pantalla.

Se ejecutará esta pantalla, muy original, sobre tafilete azul ó moaré negro, ó blanco, ó rosa, ó verde manzana. Las moscas se bordan con seda floja, á puntos mas ó menos largos, tomados unos en otros, como lo indica el dibujo. Los cuerpos de los insectos se hacen con muchos colores todos grises, y divididos en muchos círculos, los cuales se ejecutan á punto de cordoncillo con seda negra. Las alas se forman con muchos tonos diversos de los colores castaño-amarillo, ó castaño-rojo ó gris. En el bordado de cada ala se hacen otros tres puntos largos con seda negra. En la mosca grande del centro domina el color castaño-rojo, mientras que para las demás se escogerán con preferencia los colores grises, grises-azules, etc. Los ojos se figuran con cuentas negras.

Terminada la pantalla, se le pone al rededor un cordon y un fleco de seda, y se arma sobre un mango de madera esculpida, de hueso, de marfil ó de metal. Este trabajo es recomendable por lo original y lo gracioso.

Guarnicion de enagua interior.

Puede ejecutarse esta guarnicion sobre enaguas de percal, como sobre guardapiés de alpaca. Las tres filas á ondas se componen de dos tiras de la misma tela que la enagua, cada una de 2 centímetros de ancho, festoneadas de negro, muy ligeramente sostenidas y sujetas por una tira al sesgo pespunteada por cada lado. Estas tres filas van separadas por un espacio de 2 centímet.s Debajo de esta guarnicion se encuentra un dobladillo de 4 centímetros de ancho; se redobla por el derecho, y su borde superior se festonea como las guarniciones. Todo esto puede ejecutarse en negro, sobre guardapiés de color, ó bien en violeta, encarnado, azul ó grosella, sobre fondo gris.



ESQUINA DE PAÑUELO.

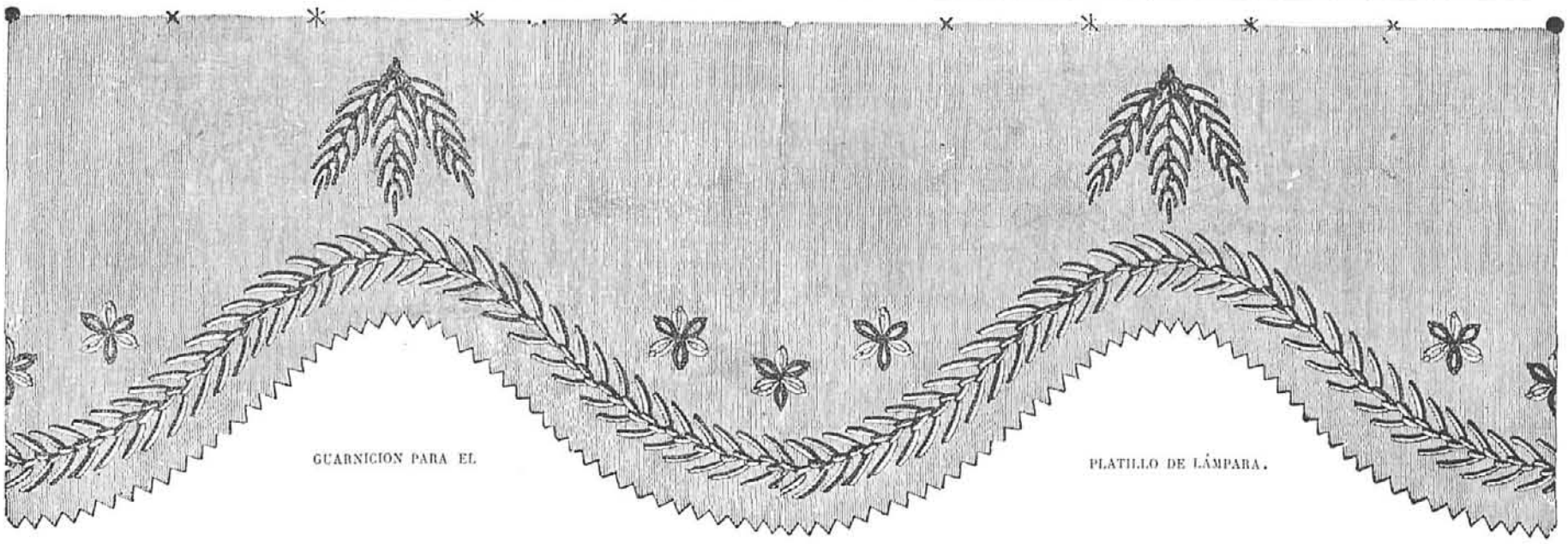
Platillo para lámpara.

MATERIALES.—Un platillo redondo de hilo de pita ó de paja fina; paño encarnado; torzal de seda negro; idem blanco.

El fondo se compone de un platillo de 23 centímetros de diámetro, hecho ó bien de hilo de pita, ó bien al crochet en lana sobre bramante; en este último caso se comienza por el centro, haciendo puntos sencillos puestos á caballo sobre

ENTREDOS.

© Biblioteca Nacional de España



GUARNICION PARA EL PLATILLO DE LÁMPARA.

un bramante, tan apretados como sea posible, y cuyo número aumenta gradualmente, de modo que se conserve el fondo plano; este fondo puede tambien hacerse de terciopelo,—de tapicería—ó de paño. En este caso se le forra de carton, y este se cubre con percalina ó seda.

El platillo lleva al rededor una guarnicion de paño recortado y plegado en dobles cañones; se la hace de paño encarnado, bordado de seda blanca y seda negra. Publicamos una parte de esta guarnicion en tamaño natural. Para la medida del fondo arriba indicada (23 centímetros de diámetro), se emplea una tira de paño de 2 metros y 20 centímetros de largo. Su ancho y la forma del recorte exterior se indican en nuestro dibujo. La orla á punto de espina que sigue los contornos se hace con un hilo de seda blanca y otro de seda negra ensartados en una sola aguja; las ramas se bordan con seda negra; las estrellas son por mitad blancas y negras.

Cuando la tira está terminada, se cosen uno con otro los lados transversales, luego se la pliega del modo siguiente; cada estrella representa el pliegue de encima, cada cruz el pliegue de debajo de cada uno de los dobles cañones que ocupan el ancho de una de las puntas, por consiguiente, el espacio que se extiende entre dos estrellas es la parte superior de un doble cañon. Cada una de las dos estrellas se pone sobre cada punto, luego se fijan la estrella y la cruz sobre el punto mas próximo; de este modo las estrellas y las cruces se encuentran siempre reunidas sobre los puntos.

La guarnicion plegada se cose al fondo y descansa sobre este hasta el hueco de cada punta (véase el dibujo); la costura de la guarnicion se cubre con un cordon torcido de lana ó seda.

FRAY JUAN.

(Conclusion.)

—¡Aquel que todo lo puede! respondió Alina alzando los ojos al cielo. Enrique; soy mujer muerta!.. ni un grito, ni una palabra, ni una lágrima, te lo ruego... nada sabias, pero hacia mucho tiempo que yo padecia... En el espacio de estos dos últimos dias he tenido tres crísis terribles; la violencia del mal se ha aumentado de improviso; anoche estuve gravemente enferma. Mandé á llamar á tu médico y al mio: se miraron uno á otro y en seguida me dijeron que podia estar tranquila. Yo no tenia mas que una tos nerviosa. Me recetaron medicamentos calmantes y distracciones. Tu médico, el doctor Blandin, añadió cogiendo su baston: —«Hermosa enferma, es preciso ser feliz, ese es el mejor remedio, el que receto siempre; la curará á V.! Sin embargo, observé que ambos tenian un aspecto singular. Concebí cierta sospecha...Ya conoces la manera en que están situadas mis habitaciones. Espié sus miradas. Les acechè á la salida y sorprendí sus gestos...¡Ah! amigo mio, oí sus palabras.. ¡Si supieras lo que decian!...Lambert, mi médico, le decia á Blandin:

—Es mujer perdida sin remedio!

—Si por cierto! respondió el otro.

—Tiene un pulmon atacado!

—Los dos.

—Pobre mujer!

—Sí, es muy interesante.

—¿Cuánto cree V. que podrá sostenerse?

—Quizás dos meses.

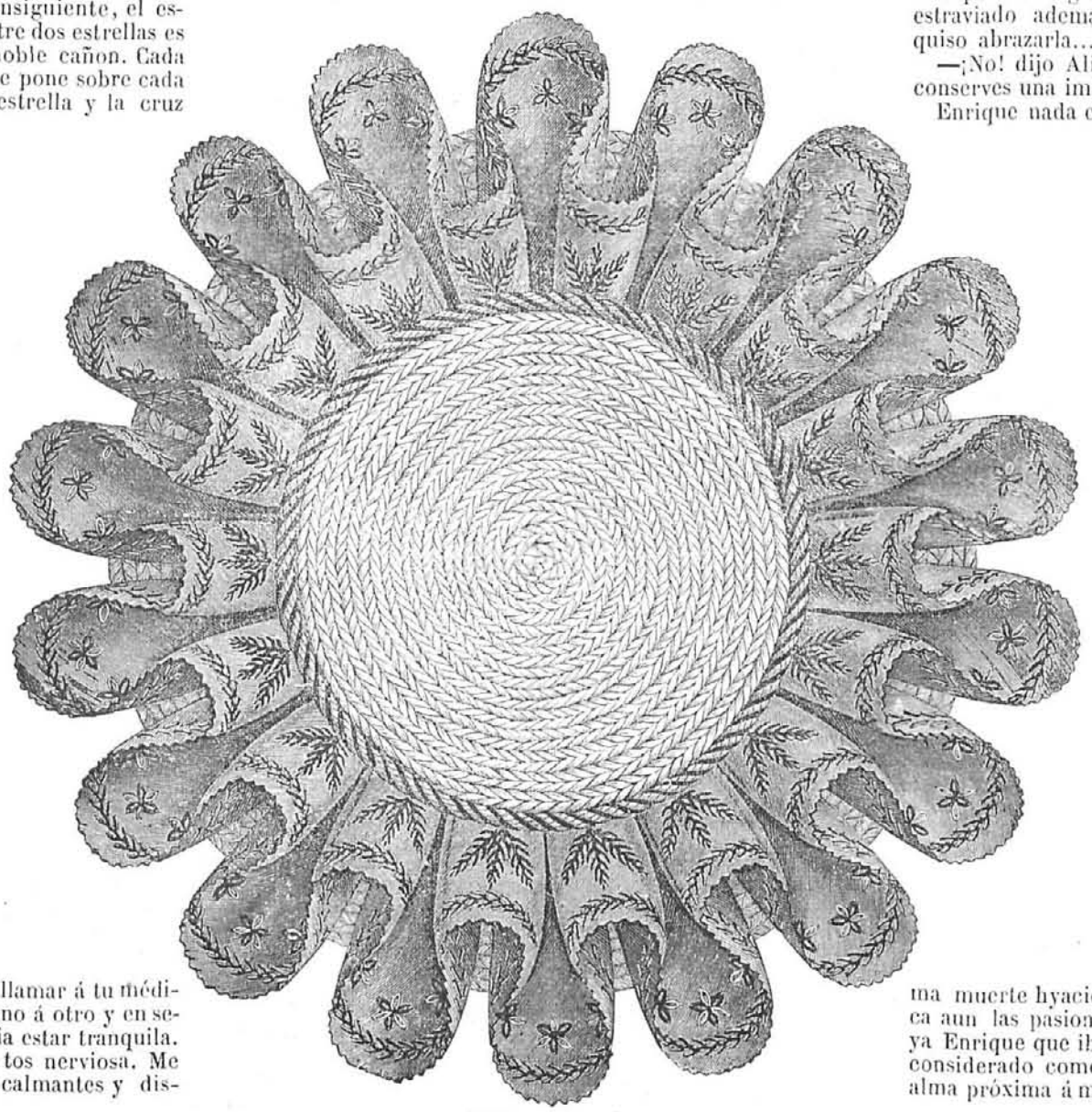
—¡Todo lo mas!

—Las pesadumbres la matan...

—Y un vicio de organizacion, querido compañero; no creo en las penas como enfermedad.

—Si por cierto, puesto que receta V. como remedio la felicidad.

—¿Come V. esta noche en casa del perfecto?



PLATILLO PARA LÁMPARA.

—¡No! Echan un baile y quiero ver las comparsas.

—¡Picarillo!

—¡Eh! ¡eh!

No oí mas. Salieron de la antecámara despues de haber pronunciado mi setencia de muerte.

—¡Enrique, juzga si te amo! Mi hija; mi pobre hija, á quien voy á dejar sola, es únicamente quien compartió contigo mi pensamiento!

—Vamos, amigo mio, añadió esforzándose para sonreir, háblame, dame ánimos!.. Aun me quedan dos meses: es mucho tiempo! Haz que mis últimos dias sean muy hermosos y muy dulces, te lo permito, te lo ruego! Estamos en marzo... será para mayo ó junio, el mes de las flores.

Enrique nada decia. Hallábase sumido en muda desesperacion.

—Mira, amigo mio, repuso Alina, Dios es bueno, me salva. Si yo hubiese tenido salud, fuerza, esperanza y una larga vida delante de mí... Pero soy cruel al hablarte así; perdóname, querido mio y sobre todo ayúdame á morir... Sin ti seria demasiado triste!

Le cogió ámbas manos y fijó en él una mirada de desesperada angustia. Pero, el jóven, con el estraviado ademan de las pasiones locas, quiso abrazarla...

—¡No! dijo Alina, es preciso que de mí conserves una imágen adorada y pura.

Enrique nada cotestaba ya: no podia hallar ni una palabra; abismábase en su dolor. Este dolor tan profundo no intentaré describirle. Le comprenderá V. acordándose, si alguna vez ha perdido V. un ser muy amado en quien hubiese cifrado toda la esperanza y toda la felicidad de su vida.

Enrique salió medio loco de casa de su médico, que era tambien amigo suyo. El doctor Blandin quiso andar en rodeos y efugios, como hacen todos.

—Donde hay vida, decia, siempre hay esperanza... La naturaleza desmiente diariamente las sentencias de la ciencia.

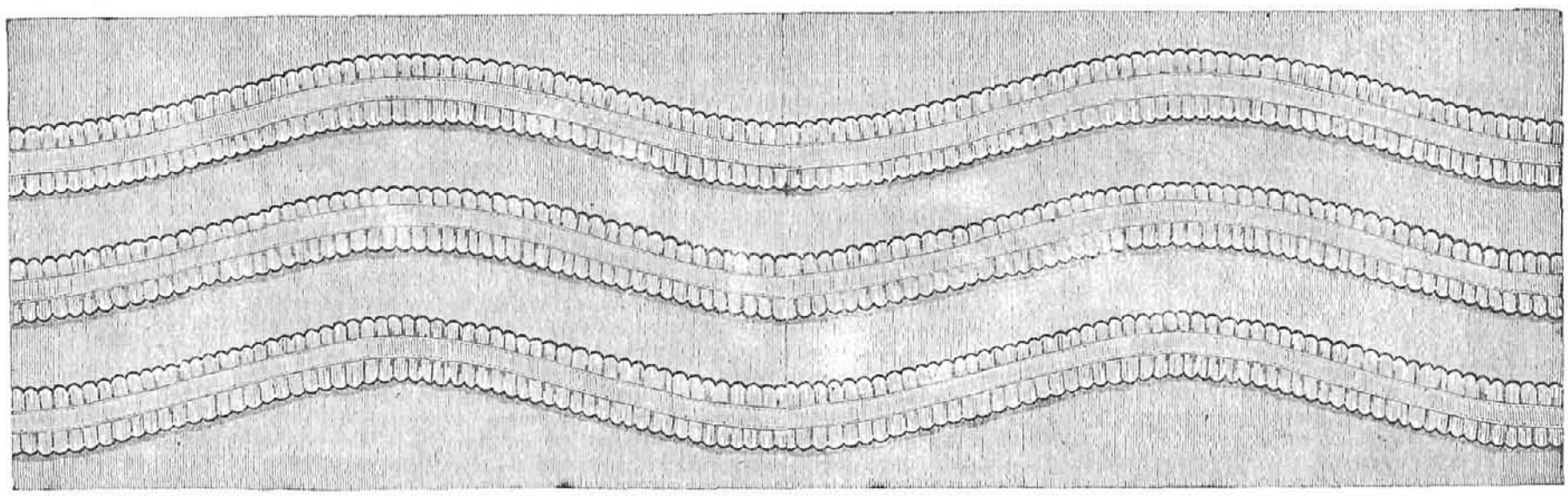
Y mil otras tonterías no menos vulgares.

—Sé todo eso, repuso Mr. de Simiane con arrebato, sé todo eso tambien como tú, pero, ¡por piedad! dime sin circunloquios, brutalmente, lo que opinas, lo que es cierto...

—Pues bien, es una mujer muerta!

En la idea de la próxima muerte hyacierta serena calma que aplaca aun las pasiones mas fogosas. Sabiendo ya Enrique que iba á perder á Alina, habria considerado como un crimen el turbar su alma próxima á marcharse. La muerte hacia

© Biblioteca Nacional de España



GUARNICION DE ENAGUA.

que su prima fuese sagrada para él. La prodigó esos cuidados afectuosos y ese cariño solícito que son la gracia de la amistad y el encanto del amor. Su pasion se habia absorbido en su ternura.

VI.

El conde de Langeac seguia yendo al club y se cuidaba menos que nunca de lo que pasaba en su casa. Una noche en el momento en que iba á entrar en la sala de billar, oyó que el baron de Verac y Mr. de Reuil se reian pronunciando su nombre. La Marietta habia hecho que sus nervios llegasen á ser muy delicados: se habia tornado muy susceptibles y muy poco escrupuloso: escuchó.

—Parece, decia Mr. Reuil, que esa altiva puritana se ha ablandado...

El conde respiró con mas libertad: nunca habian aplicado á la Marietta el epiteto de puritana.

—A fin el ángel rubio no era mas que una mujer, repuso el baron.

Marietta tenia un pelo negro azulado.

—Y ese pobre conde que nada sospecha! replicó monsieur de Reuil.

—Confiesa que bien merecido se lo tiene.

—¡Sí por cierto! pero no deja de ser raro.

—¡Nada de eso! yo lo encuentro muy en el órden... Es su primo!

Y ámbos se echaron á reir.

—¿Parece que habia conocido á la condesa antes de su casamiento? dijo Mr. de Reuil.

—¡Si se habian criado juntos... ¡Pablo y Virginia.

Los dos jóvenes entraron juntos en 'a sala de juego, en donde habia unos treinta ó cuarenta socios del club... El conde anduvo dos pasos para seguirles y pedirles inmediatamente una sastifaccion por sus malvadas palabras. Pero ¿no era esto aumentar el escándalo... Bajó, se metió en su carruaje y gritó al cochero:

—¡A casa de Mr. de Simiane!...

—¿Ha perdido V. otra vez? le preguntó Enrique al verle entrar.

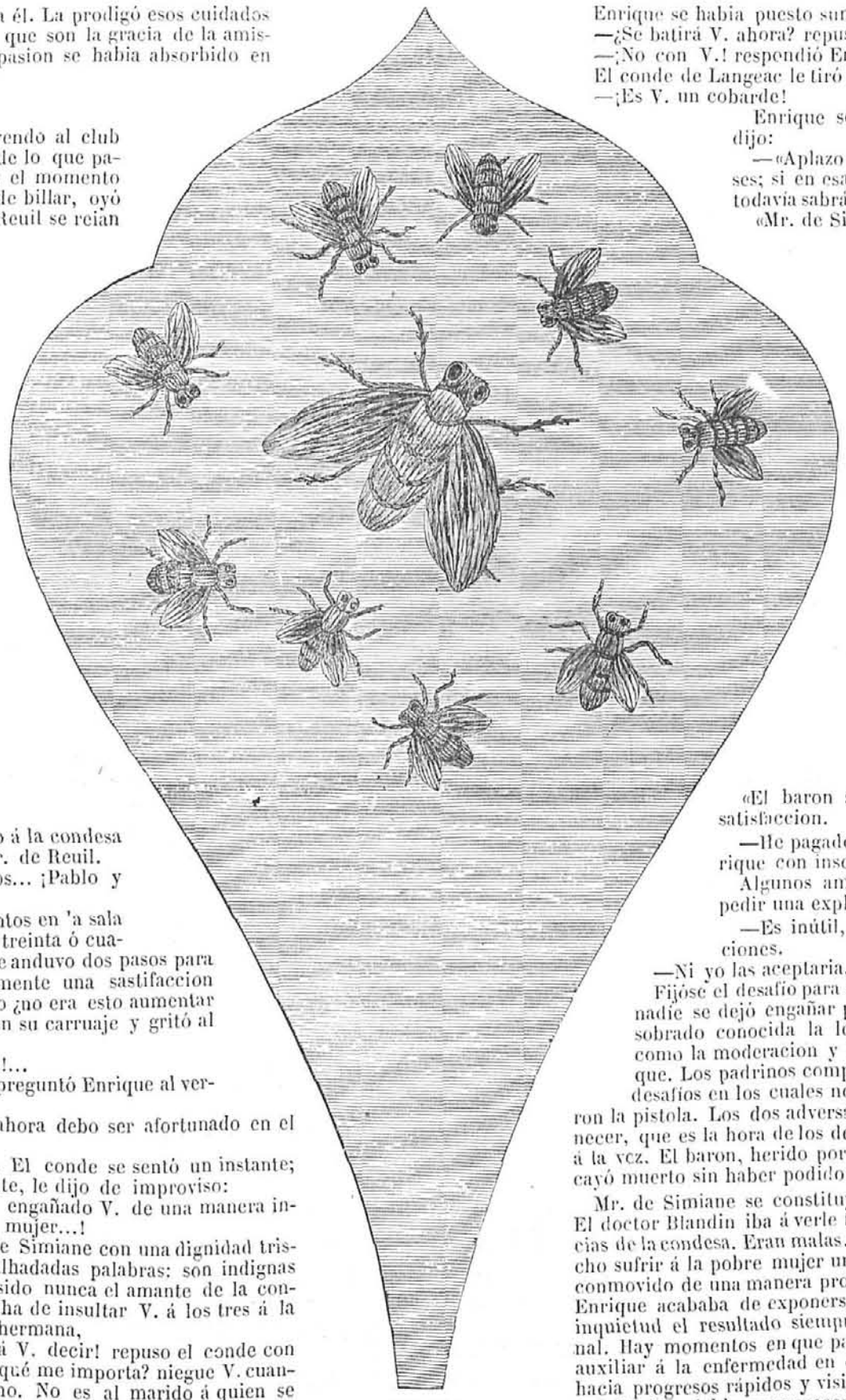
—¡No, respondió el conde, ahora debo ser afortunado en el juego.

Enrique le acercó un sillon. El conde se sentó un instante; luego, levantándose bruscamente, le dijo de improviso:

—Es V. un infame!... me ha engañado V. de una manera indigna, es V. el amante de mi mujer...!

—¡Eduardo, respondió M. de Simiane con una dignidad triste y severa, recoja V. esas malhadadas palabras: son indignas de V. y de mí. No soy, no he sido nunca el amante de la condesa de Langeac. ¿Por qué nos ha de insultar V. á los tres á la vez? Amo á Alina como á una hermana,

—Como á una prima querrá V. decir! repuso el conde con afectada ironía. Por lo demás, ¿qué me importa? niegue V. cuanto guste... está V. en su derecho. No es al marido á quien se hacen las confidencias... pero al menos con el marido se puede uno batir!... añadió con aire sombrío, y se batirá V. conmigo!—¡Nunca!—¡Se batirá V.! ¡lo quiero!—¡Y yo no quiero!—No se ha de decir que soy el escarnio del baron de Verac, quien va publicando por todas partes la victoria de V.



PANTALLA.

Enrique se habia puesto sumamente pálido.

—¿Se batirá V. ahora? repuso el conde.

—¡No con V.! respondió Enrique.

El conde de Langeac le tiró su guante á la cara, gritándole:

—¡Es V. un cobarde!

Enrique se sonrió desdeñosamente, y le dijo:

—«Aplazo á V. para dentro de dos meses; si en esa época aun quiere V. batirse, todavía sabrá donde encontrarme!

«Mr. de Simiane pronunció estas palabras con tal acento de franqueza y de autoridad, que el conde salió, si no convencido, al menos dudando.

Enrique corrió presuroso al club.

El baron de Verac estaba jugando al *ecarté*. En aquel momento acababa de ganar y su adversario se levantaba. Enrique le sustituyó. El baron hizo cuatro puntos en dos manos; le tocaba dar y volvió el rey.

—«¡He ganado! exclamó.

—«Muy á menudo gana V. con esos naipes, dijo Enrique.

El baron no comprendió al pronto.

Enrique se apoderó de la baraja, y aislando las figuras, las examinó con una atencion insultante. Despues las tiró sobre la mesa, sonriéndose de una manera provocativa y diciendo:

—«¡No juego mas!

«El baron se levantó y quiso pedir una satisfaccion.

—He pagado á V. y nada le debo, dijo Enrique con insolente altanería.

Algunos amigos quisieron interponerse y pedir una explicacion.

—Es inútil, dijo Enrique, no doy explicaciones.

—Ni yo las aceptaria, exclamó el baron.

Fijóse el desafío para el dia siguiente, pero en el club nadie se dejó engañar por aquella disputa trivial; era sobrado conocida la lealtad del baron de Verac, así como la moderacion y la perfecta urbanidad de Enrique. Los padrinos comprendieron que era uno de esos desafíos en los cuales no hay arreglo posible. Escogieron la pistola. Los dos adversarios salieron al campo al amanecer, que es la hora de los desafíos, é hicieron fuego los dos á la vez. El baron, herido por una bala en mitad del pecho, cayó muerto sin haber podido pronunciar una palabra.

Mr. de Simiane se constituyó prisionero inmediatamente. El doctor Blandin iba á verle todos los dias y le llevaba noticias de la condesa. Eran malas. Los últimos sucesos habian hecho sufrir á la pobre mujer un sacudimiento cruel; la habia conmovido de una manera profunda la idea del peligro á que Enrique acababa de exponerse por ella, y además le causaba inquietud el resultado siempre dudoso de una causa criminal. Hay momentos en que parece que todo se conjura para auxiliar á la enfermedad en contra nuestra. En Alina el mal hacia progresos rápidos y visibles. En la víspera del dia en que Enrique debia comparecer ante sus jueces, el doctor Blandin fué á la cárcel y le dijo:

—¡Animo, amigo mio! has querido que te se diga siempre la verdad, ¿no es así? Pues bien, la condesa no saldrá de la noche!

Enrique estrechó convulsivamente la mano del médico, pero no halló

© Biblioteca Nacional de España

VILLANELLE.

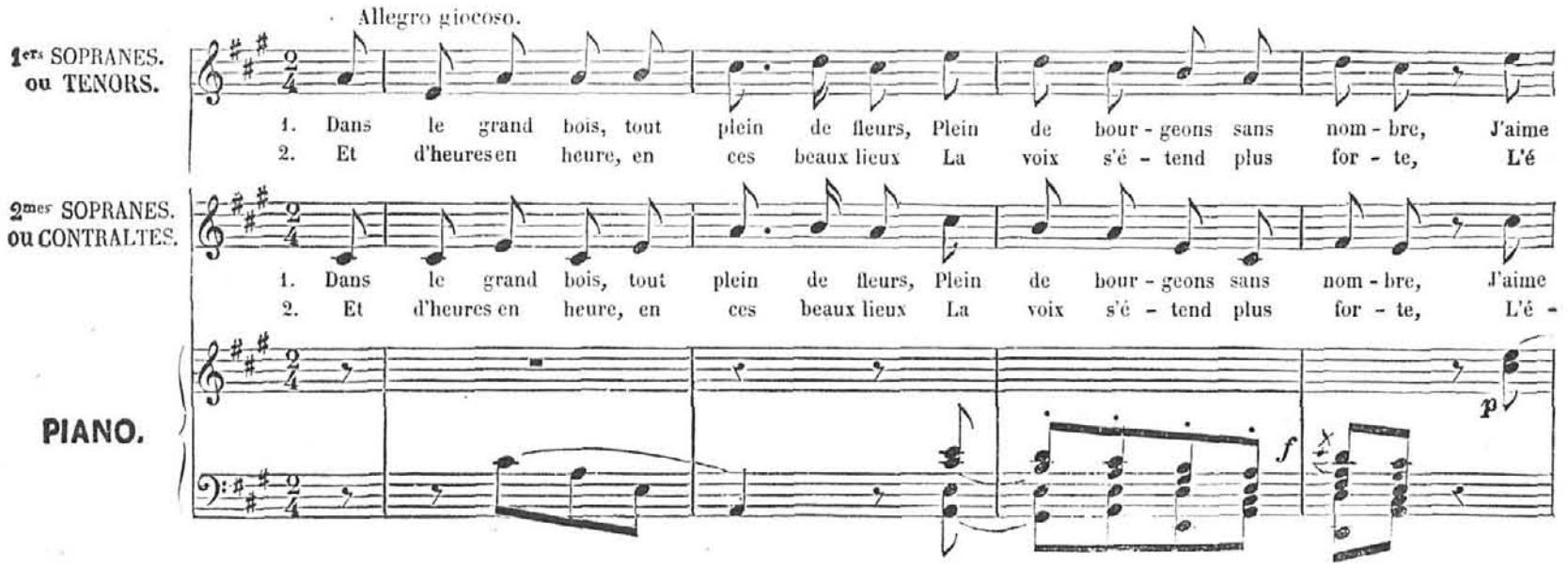
MÚSICA DE J. ROSENHAIN.

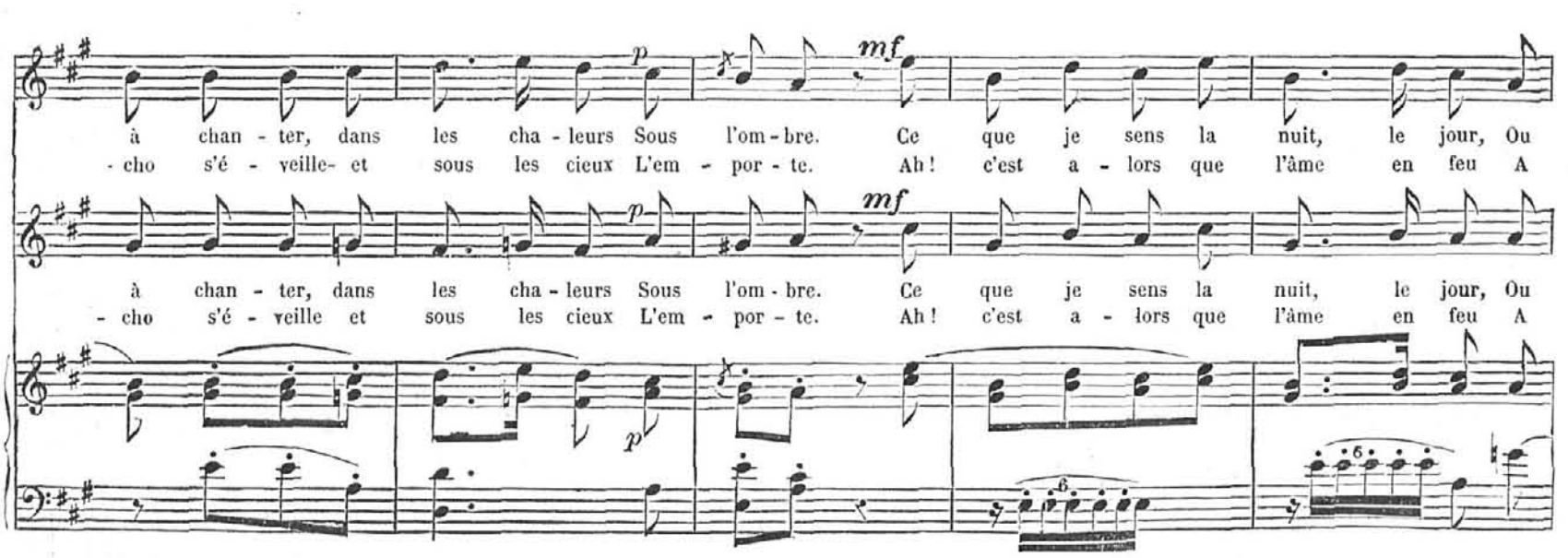
Se prohibe la reproduccion.

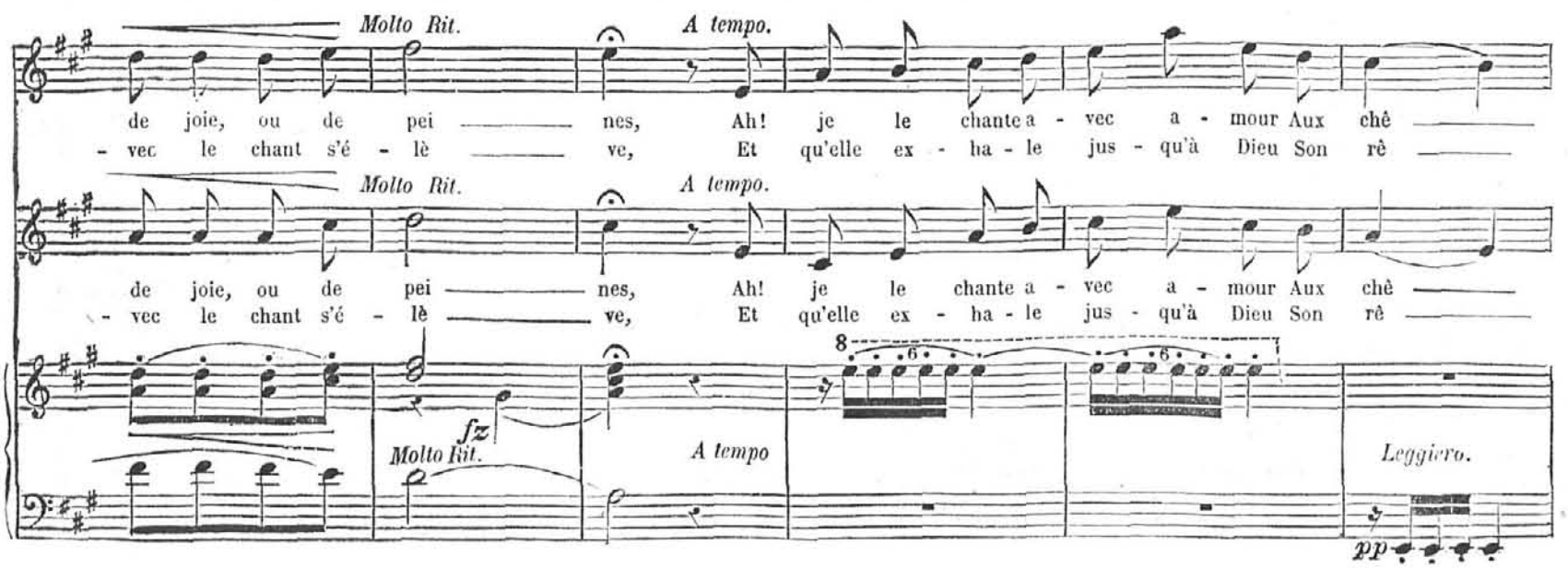
LETRA DE M. EMILIO DESCHAMPS.

Tomamos esta *villanesca* de la coleccion de melodías de M. Rosenhain, que ha tenido la bondad de conceder su autorizacion para ello. M. Rosenhain es uno de los mas eminentes compositores de nuestra época, y nos complacemos en mostrarle en esta ocasion toda la gratitud que le debemos. Con justa razon consideramos como un honor para nosotros el ver figurar en este periódico el nombre del autor de los trios para violin y violoncelo, de los duos para piano y violin, y de tantas otras obras bellísimas, clásicas aunque modernas, que contienen la gloriosa tradicion del último siglo, y que poseen, con el respeto esta tradicion, una originalidad y una distincion exquisitas.

A pesar de estar en francés la letra de esta villanesca, no hemos dudado en insertarla en LA MODA ELEGANTE, porque ya por muchas de nuestras amables suscritoras, á quienes no es extraño aquel idioma, se nos habian manifestado deseos de que no omitiésemos darles alguna vez composiciones de este género, siempre que por su mérito lo mereciesen. Este deseo lo cumplimos ahora.







© Biblioteca Nacional de España

ni una palabra ni una lágrima. Por fin, serenándose algun tanto, con los ojos secos y la voz ahogada respondió:

—¡Gracias! advierte tú mismo á Alina, con toda las precauciones necesarias, queesta noche á las 11 estaré en su casa. Sé que su nodriza es quien la vela; que me aguarde en la puerta pequeña del jardin.

Enrique mandó á llamar al carcelero, que le queria mucho; era un antiguo dependiente de su familia y habia sido colocado en aquel destino por el padre de Mr. de Simiane.

—Salomon, le dijo, ¿sabes que mañana he de ser juzgado?

El carcelero se inclinó sin responder.

—Es preciso que yo salga esta noche, añadió el preso.

Salomon retrocedió lleno de espanto.

—No tengas miedo, mi buen Salomon, prosiguió monsieur de Simiane, no quiero perderte ni seducirte; saldré de aquí á las diez y estaré de vuelta á media noche.... Te doy mi palabra.

—Señorito, repuso el carcelero inclinándose, la honra de un pobre hombre y la vida de una familia entera es lo que va V. á llevarse consigo.

—Mi fortuna entera es para tí, Salomon, si tu posicion se vé comprometida por mi.

—Señorito, no quiero mas que la palabra de V.

A las once de la noche entraba Enrique en el cuarto de Alina.

VII.

Como sucede con sobrada frecuencia en esas enfermedades pérfidas que matan casi de improviso, la proximidad de la muerte habia restituido á la pobre Alina un reflejo de su pasada belleza. Sus ojos tenian un brillo muy vivo; los latidos postreros del corazon enviaban á las mejillas un color engañoso. A no ser por el Crucifijo, dulce y mudo testigo de las agonías cristianas, á no ser por el agua bendita y las velas encendidas que se veian sobre una mesa, cerca de la cama, nadie habria creido hallarse en la habitacion de una moribunda.

Enrique se arrodilló silencioso delante de Alina, quien le dió sus dos manos y le dijo:

—Enrique, comprendo que ha llegado la hora, puesto que te vuelvo á ver. Has querido ayudarme á morir: ¡gracias! Vamos querido mio, ten fuerza y serenidad... No echo de menos la vida... ¡No me mires así!... no, no siento perder la vida... no podia hacer nada por nosotros. Nuestra felicidad hubiera sido culpable... Ya no habria sido felicidad. ¡Oh! la proximidad de la muerte abre los ojos. ¡Pobre amigo mio! He turbado tu existencia, he interrumpido tu carrera, he destruido tu por venir... No digo que me perdones, Enrique; eres tan noble y tan bueno que sé que me amarás por todo el daño que te haya hecho.

—Sí, Alina, sí, querida Alina, te amaré, te amo... dulcemente..... Seré tu hermano... Pero vivirás... quiero que vivas!

—Y Dios quiere que yo muera, Enrique! Él es el dueño... Algun dia nos encontraremos junto á Él, en ese mundo en el cual sobreviven los afectos, purificados ya para ser eternos! Mañana, añadió con una sonrisa dulce y triste enseñándole un Crucifijo pequeño que llevaba colgado del cuello, mañana te entregarán esta cruccecita. Era de mi madre y habrá recibido mi alma..... Ahora, amigo mio..... déjame.. es preciso... El conde va á venir..... y mis últimos momentos deben pertenecer á Dios..... Adios, querido Enrique, hasta que volvamos á vernos en el cielo!

Alina murió en el trascurso de la noche.

Enrique habia regresado á la cárcel á la hora convenida. Le juzgaban al dia siguiente. Habia dicho que él mismo se defenderia. Sobre todo aquel asunto se cernía una nube que la curiosidad pública no habia podido penetrar todavía, y por lo tanto la atencion de la ciudad estaba en extremo sobreexcitada... Habian invadido completamente el palacio de la Audiencia: todo Burdeos estaba en la sala del tribunal. El fiscal hizo uso de la palabra. Su elocuencia no fué vigorosa, y cuando invocó los derechos de la moral y de la sociedad, no halló eco en el público, el cual consideraba la muerte reciente de Alina como una de las misteriosas peripecias de aquel drama judicial. Cuando le correspondió á Enrique hacer uso de la palabra, hubo un movimiento general de ansiosa curiosidad. Los hombres, que conocian su carácter caballeroso, no podian decidirse á ver en él un delincuente; las mujeres, que admiraban su hermosa figura, estaban seguras de su inocencia; antes de que hablase estaban ya pendientes de sus labios. El acusado se levantó, fijó una mirada profunda en el público, en el tribunal y en el Jurado, y con voz lenta pero serena y firme pronunció esta frase:

—El baron de Verac habia jugado con entera lealtad. Lo reconozco y lo proclamo.

—Entonces, ¿por qué le dió V. muerte? preguntó el presidente.

—Sois dueños de mi vida, pero no de mi secreto, respondió Enrique sentándose.

Hubo entre todos los circunstantes un movimiento de indescriptible emocion. Esperaban un discurso y solo oian una frase... Verdad es que habia sido muy bien dicha. Los jurados, que se proponian escucharle cuando menos durante una hora, parecian que estaban bastante disgustados. Era indudable que Enrique jugaba una partida muy aventurada y peligrosa. El presidente planteó las cuestiones. La deliberacion del Jurado fué larga y borrascosa. El campanillazo que anunció que entraba de nuevo en la sala resonó en todos los pechos. Mr. de Simiane fué absuelto.

Al regresar á su casa encontró una carta del conde de Langeac en la cual le anunciaba la muerte de Alina y añadia.

Me emplazó V. para dos meses despues y tuvo V. razon. Hoy lo sé todo... Yo soy el único culpable... y *ella* no está ya aquí para perdonarme... Envio á V. su retrato y sus últimas palabras, que fueron para V.

Un mes despues Enrique llegaba á mi casa. Habia cedido toda su fortuna á los pobres. A mí me dejaba el secreto y las reliquias de su corazon.

Ahora sabe V. ya toda su historia. Mr. de Simiane pasó ocho dias en mi casa, y despues entró en la Cartuja, que es la espiacion de los grandes crímenes ó el refugio de los grandes dolores.

—¡Sí, le respondí, es el suicidio del cristiano.

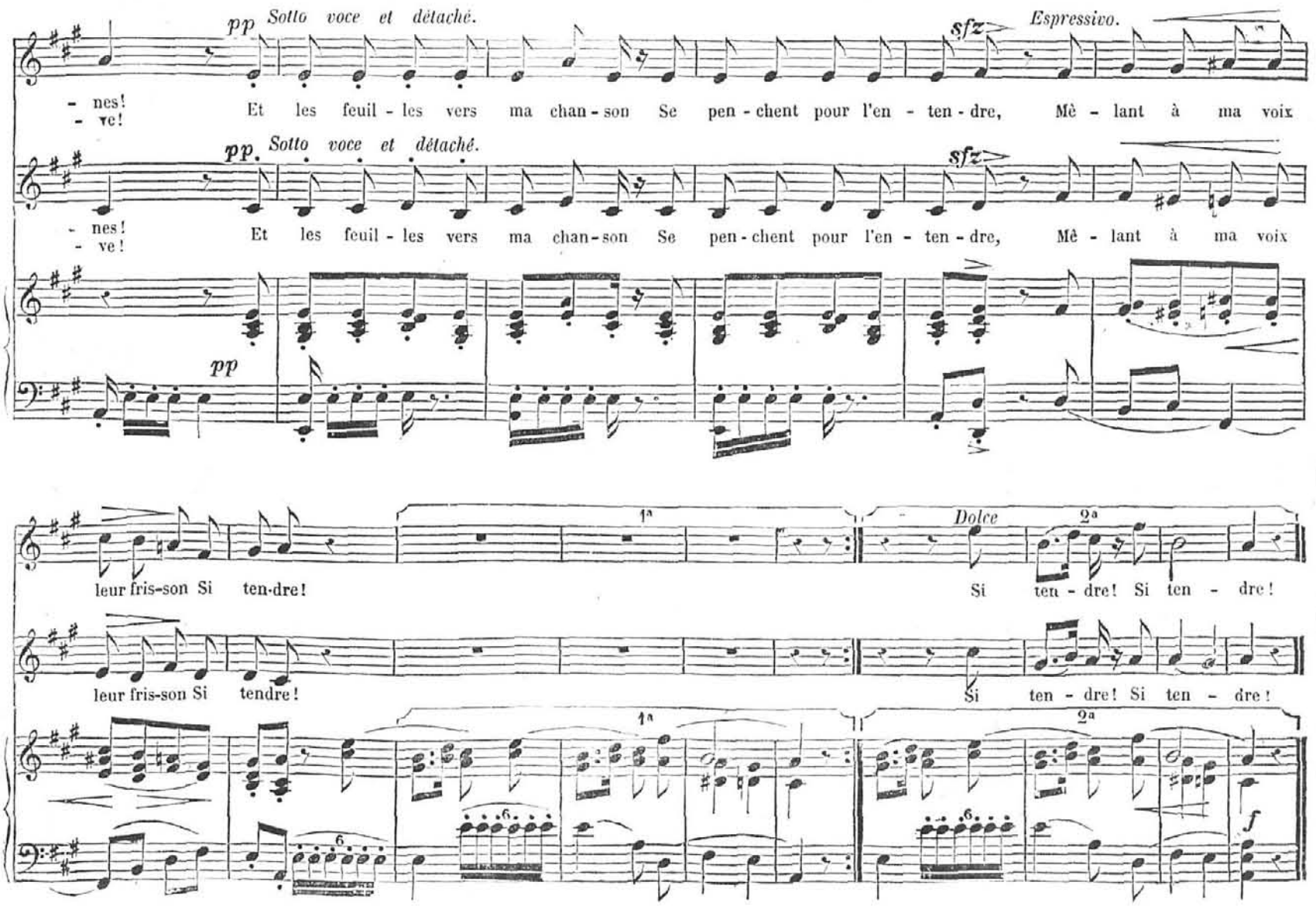
LOS TEATROS POR DENTRO.

REVISTA DE ACTUALIDAD.

Decididamente el teatro español agoniza.

La escasez de obras dramáticas por un lado; el cansancio de nuestros primeros actores por otro, le han reducido á tal extremo, que su ruina es inevitable, si en la hora suprema de la agonía no se levanta uno de esos genios indisciplinados y entusiastas, que recogiendo las tradiciones de lo pasado, abren al arte nuevos caminos para el porvenir.

La mayor parte de los autores, aun los mas aplaudidos, pueden hoy dirigir á su pluma aquella imprecacion que hace muchos años dirigia á la suya



© Biblioteca Nacional de España

un poeta antiguo:

Decidme lo que habeis hecho
Con tanta tinta y papel
Gastados contra derecho,
Pues de vos, de ella, ni de él
Tengo tan poco provecho.

De vez en cuando un destello de luz suele iluminar los antros cavernosos de la escena española; pero este destello no tarda en apagarse, oscurecido casi siempre por el brillo fantasmagórico de una mágia, por el humo de alguna traduccion tan llena de efectos como de defectos, ó lo que es aun mas comun, por el viento de la vanidad y de la envidia, que sopla constantemente entre bastidores, ni mas ni menos que al pié de las torres de las iglesias góticas.

Si algun consuelo puede quedarnos despues de reflexionar sobre tan grande decadencia, es que las naciones que figuran como las mas civilizadas, nos han dado las primeras el ejemplo.

Francia, encubriendo la deformidad de sus dramas históricos y sociales con las galas maravillosas del lujo y de la fascinacion; Inglaterra, evocando á cada momento la memoria de Shakespeare y de Sheridan, entre cuyas obras maestras intercala de tiempo en tiempo un juguete cómico, en que el público se rie mas de los actores que del juguete, nos hacen ver muy claramente que su teatro padece del mismo mal que lamentamos en el nuestro, si bien allí, aunque la ciencia sea impotente para curarle, sobran remedios empíricos para prolongar artificialmente su existencia.

Los franceses han comprendido mejor que nadie la crisis que atraviesa el arte dramático, y para conjurarla no perdonan recurso ni sacrificio de ningun género. Antes del argumento el aparato, dentro del aparato la electricidad, el magnetismo, la pirotécnia, todas las combinaciones que pueden producir las ciencias físicas, ayudadas por esa otra maga que se llama la pintura, y ese gran motor subterráneo que se nombra la maquinaria. Con todos estos elementos pocas veces se llega á producir un buen drama; pero se producen en cambio los espectros, los acuarios, la luz del sol, la trasparencia de la atmósfera, la hermosura del lago, el horror de la tempestad, cuanto existe en el mundo real y en el mundo fantástico, en el cielo y la tierra, y para decirlo de una vez, en la ciencia y el arte. Esto no será si se quiere, muy ajustado á las reglas escénicas, pero es seductor, es magnífico, y se aplaude con frenesí, lo mismo que antes se aplaudia una tirada de versos de Victor Hugo, ó una escena cómica de Grassot.

Nosotros somos mucho mas modestos, y por consiguiente mucho mas desgraciados. La literatura dramática ha llegado á su decrepitud, y el espectáculo no ha salido de la infancia. Nos faltan pintores escenógrafos, al mismo tiempo que nos faltan escritores y artistas, y de aquí que la agonía de nuestro teatro es mas dolorosa y mas rápida tambien que la de los teatros extranjeras.

Solo hay un género cuyo desarrollo es visible, y que conquista cada dia nuevos prosélitos. Este género es la ópera italiana. Sostenido siempre por cantantes de mérito, resucitando á cada paso las obras de los maestros mas insignes, hiriendo en lo mas vivo la imaginacion y el sentimiento del público, la ópera ha llegado á ser una necesidad, y ha hecho de la música un lenguaje universal, que lo mismo entienden los rudos habitantes de los bosques, que los civilizados señores de las grandes ciudades.

Madrid lo ha comprendido así, y por eso la llegada ó la partida de un artista notable es un acontecimiento que se anuncia con alegría, ó que se refiere con pena. Testigos de ello han sido la célebre Adelina Patti, que tanta simpatía ha dejado entre nosotros, y la no menos célebre Ana de Lagrange, que despues de una corta ausencia, ha vuelto á ser el encanto de sus admiradores, y el pretexto de esas eternas luchas filarmónicas, que sostienen los apasionados de una ú otra cantante, como si el arte no tuviera manifestaciones tan distintas, ni abriera su santuario á los adeptos de todas las religiones.

Ana de Lagrange es acreedora á los obsequios que el público la ha tributado con justicia, y nosotros lo demostraríamos si la precipitacion con que escribimos estos renglones y el corto espacio de que podemos disponer, nos permitieran extendernos en detalles biográficos y en consideraciones artísticas, sobre su carácter y su historia. Baste saber, que dedicada á la música desde sus primeros años, fué durante algun tiempo excelente pianista, logró darse á conocer mas adelante como hábil compositora, y lanzada despues á la escena, ha vivido largos años en América, volviendo á Europa cargada de laureles.

Dotada de un talento superior á sus facultades, y con un corazon y una sensibilidad acaso mas grandes que su talento, la Sra. Lagrange se distingue en la escena por su figura siempre elegante y magestuosa, por sus maneras siempre dignas y reposadas, y sobre todo por su entonacion dramática, que llega en algunos momentos hasta la sublimidad. Los que la han oido en *Norma*, en *Rigoletto*, en la *Forza del Destino*, y en otras muchas óperas del mismo género, estamos seguros participarán de nuestra opinion.

Es al mismo tiempo cantante de gran agilidad, pero inclinándose mas á la escuela francesa que á la italiana, defecto que le censuran algunos, con sobrada razon. Pero lo que no admite duda, y en lo que todos están conformes, es en que merece el alto aprecio que del público goza, y el título de eminente artista que le dan sus admiradores, y que no le niegan ni aun los mismos que critican mas severamente sus defectos.

Esta es hoy, con la de Fraschini, las dos grandes figuras que descuellan sobre la escena de nuestro teatro italiano, escena en la que vibran aun los acentos de Ronconi y de Mario, de la Frezzolini y la Penco, colosos de este arte que no se acabará nunca, mientras haya corazones sensibles, y nazca con los hombres el instinto de lo bello y el anhelo de lo ideal, deliciosa armonía que existe y ha existido siempre entre la naturaleza y el Criador.

MANUEL DEL PALACIO.

EL PAJE.

Era una noche de Julio;
las doce daba un reló,
y al jardin de su palacio
una dama se asomó.
Al marco de una ventana
la luna un rayo envió,
y el contorno de la dama
elegante dibujó.
Era blanco su ropaje
como su talle un primor,
y su pecho de alabastro,
si la luna no mintió.
Llevó su mano al cabello
que en ondas se desató,
y en cascadas de azabache
iguales partida en dos.
En caprichoso desórden
que envidia daba por Dios!
con bucles de á mil sortijas
pechos y espaldas cubrió.
Apoyada sobre el marco
anhelante suspiró,
y en pos de su pensamiento
adormecida quedó.
Un pagecillo indiscreto
cual nocturno trovador,
canteloso hasta el jardin
con su cítara llegó.
Sentóse bajo de un árbol,
y á las cuerdas imprimió
melancólico sonido
que hasta la dama llegó.
Ella miró satisfecha,
y cuando á su page vió,
hizo sonreir al lábio
mientras el page cantó

. . . . . .

«Nació un *arbusto* en tu pecho
«planta que tu *gusto* vió,
«cavó el *antojo* en tu seno
«y el *deseo* la sembró.
«Regó su trono el *deleite*,
«el *placer* le alimentó,
«y á la brisa de tu *soplo*
«en mil ramas se estendió.
«Tu *capricho* le cuidaba,
«tu *egoismo* le ocultó,
«y tu *amor propio* engreido
«á solas le contempló.
«Así el arbusto en tu seno
«jóven y fuerte creció
«con la brisa de tu *aliento*,
«al fuego de tu *calor*.
«Ansiaba ya tu apetito
«gustar el fruto precoz,
«y maduraste en *lisonjas*
«de su fibra el corazon.
«Tu *antojo* le apetecia,
«tu *capricho* le incitó,
«y con hojas de *ilusiones*
«lujoso manto vistió.
«Brotó la vida á sus poros,
«sus verdes ramas meció,
«y la sabia de sus venas
«en tu pecho destiló.
«Por fin el fruto sabroso
«suave y tibio brotó,
«y al devorarle tu labio
«tu *antojo* le puso *amor*.
«Arbol de *amor* le llamaste,
«y tu *ansia* te engañó,
«era una planta robada
«que tu *afan* la deseó.
«*Loca* apurastes el fruto,
«tu *apetito* se embotó,
«y siendo tu seno estrecho
«allí la planta enfermó.
«Aun jóven torció sus ramas,
«tu *orgullo* le desnudó,
«y sin hojas de *ilusiones*
«su vida... ¡ay triste, lloró!
«Le faltaron tus *cuidados*,
«el aire allí le faltó,
«y sin riego y sin deleite,
«y sin abrigo, murió.
«*Despiadada* y *enojosa*
«tu *crueldad* le troncho,
«y la raiz de tu pecho
«la *ingratitud* arrancó.
«Al ver el tronco en tus manos
«la *saciedad* dibujó
«una sonrisa en tu lábio
«de insultante *compasion*.
«Entonce viste otra planta
«que bañaba un limpio sol,
«mirastes al tronco muerto
«y tu mano le *arrojó*.
«El tronco que tu *arrojaste*
«otra mano le *cuidó*,
«la planta nueva que hallaste
«el alma te *envenenó*.
«Yo *agradecido* y tú *ingrata*,
«¿quién vale mas de los dos?
«Para tí, aun queda el *mundo*,
«pero á mí me queda *Dios*.
«Nunca el árbol del deseo
«lo equivoques con *amor*,
«que puedes, *torpe*, engañarte
«y ser la *víctima yo*.»

. . . . . .

Una carcajada horrible
al paje le contestó,
partiendo de la ventana
donde la dama escuchó.
El page amante y herido
¡ay mísero! suspiró,
y acariciando su lira
las cuerdas le desató.
Rota en pedazos su alma
el insensato lloró...
su cancion fué la postrera,
pues él de pena murió.

. . . . . .

Á la otra noche, la dama
á la ventana salió,
y oyó con triste presagio
el canto de un ruiseñor...

Era el alma de su amante
que se quejaba de amor.

JOSÉ SANCHEZ Y ALBARRAN.

CUENTO.

Leyendo un dramote infame
Su autor, en cierta tertulia,
Al terminar una escena
Pavorosa y tremebunda
En que mataba mas gente
Que mata el vómito en Cuba,
Viendo que nadie aplaudia
Los portentos de su pluma,
Al que topó mas cercano
Le dirigió esta pregunta:
—¿No se os erizan los pelos?
Y el otro le dijo:—¡Nunca!
—Pues será V. insensible.
—No, señor, gasto peluca.

AUGUSTO ANGUITA.

NUBES Y FLORES.

Sé que sufres, y en tus ojos
Leo, niña, la tristeza,
Pero al mirarte afligida
No me dan penas tus penas.
Los pesares de una niña,
Como nubes pasageras
Á los rayos de un sol puro,
Con la esperanza se ahuyentan.
Hoy estás triste, muy triste,
Y tus ilusiones bellas
Como las hojas al árbol
En el Otoño, te dejan;
Pero el árbol no se muere
Y al volver la primavera
Nuevos ramos, nuevas flores
Le devuelven en belleza.
Ah! pobre niña del alma,
¡Qué dicha, si yo pudiera
Ser para tí rayo ardiente

© Biblioteca Nacional de España

Del sol, que rompe la niebla:
Y darte con mi cariño
Una hermosa primavera!...
¡Qué dicha, si con mi alma
Pudiera dártela eterna!

JULIO NOMBELA.

LA FAMILIA DEL PESCADOR.

(Continuacion.)

Algunos años trascurrieron así. Simon llegó á cumplir diez y siete, Genoveva tenia diez y seis, y mas de una vez junto á la lumbre, cuando la pesca habia sido abundante y Pablo solo con Magdalena estaba un poco alegre, dejaba traslucir á su cuñada que colmaria sus deseos el casamiento de los dos jóvenes.

—¿No era ese, decia, uno de los mas dulces proyectos de mi amada Ursula? Además, añadia Pablo sonriendo, yo tengo buena vista, y estoy seguro de que el plan no desagradará al uno ni al otro.

¡Oh! Estos eran los buenos dias de la pobre Magdalena; entonces olvidaba sus propias desgracias para no pensar mas que en el porvenir de Genoveva y de Simon.

A veces tambien el pescador parecia complacerse en olvidar su promesa; entonces hablaba entre broma y verdad del casamiento de su hijo con una mujer rica de aquellos pueblos, y aparentaba no observar la inquietud ni el tormento que se pintaba en los ojos de la pobre viuda.

Al dejar la choza que habia habitado con Andrés Magdalena la habia cedido mediante el precio de diez escudos anuales, á una anciana parienta de Granville que queria establecer allí á su nieto. Esta pequeña renta constituia todo el patrimonio de la viuda.

Teresa, que así se llamaba esta parienta, era una honrada mujer, que vivia con el producto de una casita y unas tierras que ella misma hacia valer en las inmediaciones de Granville. Muchas veces habia mecido sobre sus rodillas á la madre de Magdalena, y así es que queria á la familia entrañablemente, exceptuando á Pablo cuyo mal carácter le disgustaba, por lo cual tuvo un sentimiento cuando vió que se instalaba en su casa Magdalena. Hasta la hizo sobre este punto muchas observaciones, pero nada pudo quebrantar la resolucion de la viuda, que no vió en este acto de abnegacion mas que el cumplimiento de un deber sagrado.

Era á fines de junio, la víspera de san Pedro, fiesta patronal de los pescadores de Granville. Hacia ya dias que los posaderos y taberneros á una legua en contorno habian hecho sus preparativos. Todos adornaban sus casas con ramos de acebo, banderines de vivos colores y cintas, todo ello mezclado de guirnaldas y letreros que indicaban á los consumidores el precio y la clase de bebidas que se vendian.

El cuadro de san Pedro, que se hallaba en la posada principal de Granville, habia recibido un nuevo lustre, gracias al pintor vidriero del pueblo; la caoba habria parecido empañada en comparacion de la barca del santo pescador, y los peces grandes y pequeños que se escapaban por centenares, eran pececillos de oro ó plata.

Por eso la gente extasiada ante aquella brillante obra del arte, en tanto que los demás taberneros miraban con envidia cómo se reunia allí la muchedumbre.

En la mañana de aquel dia era costumbre que se celebrara una misa mayor con música, á la que debian asistir todas las familias de los pescadores.

Despues del oficio, las mujeres se volvian á sus casas, en tanto que los pescadores de la costa y de las cercanías reunidos en las tabernas jugaban á los dados ó á las cartas el pago del pescado frito, la cidra y el aguardiente que hacian el gasto en estas solemnidades.

Muchos de ellos pasaron la noche jugando. Pablo no fué á dormir á su casa, y la mañana siguiente estaba ya muy adelantada sin que él hubiese vuelto todavía.

Magdalena le esperaba con una inquietud que trataba de disimular, ponia la mesa y hacia cocer algunos mariscos para la comida de la familia.

Genoveva trabajaba en su labor en el cuarto contiguo.

Al oir que levantaban el picaporte, Magdalena exclamó:

—¿Sois vos, Pablo?

—No, respondió una voz conocida, soy yo, Magdalena.

—¡Ah! Sois vos, mi prima Teresa, buenos dias; habia creido que era Pablo, á quien esperamos impacientes... pues todos tenemos apetito... Simon ha salido á su encuentro.

Magdalena que no queria acusar á Pablo delante de Teresa se guardaba muy bien de decir que no habia vuelto desde la mañana anterior.

—¿Esperais á Pablo? exclamó la anciana meneando la cabeza... pues amiga mia, correis peligro de esperarlo mucho tiempo aun... Id á la posadda del *Pez volador*, en casa del tio Sandrin, y le encontrareis bebiendo aguardiente y jugando á las cartas en compañia del calavera Picard. Mi hijo ha querido traerle, pero ha debido renunciar á ello: su compañero no es hombre que suelta la presa mientras tiene dinero en el bolsillo... Magdalena, ese Picard es una mala compañía, es un tunante que deja á su pobre madre casi sin comer, y él pasa todo el dia en la taberna... ¡Qué lástima! El pescador mas diestro de la costa... Y luego es pendenciero como ninguno... No, no es él quien dará buenos consejos á Pablo, y mucho me temo...

—¡Oh! No temais nada, interrumpió vivamente Magdalena; Pablo es brusco é irascible... pero es económico y ordenado... y estoy segura de que si no le detuvieran ya estaria aquí... pero no tardará en venir, creedlo...

—Así sea, repuso la anciana cruzando las manos, eso os concierne mas que á mí... y lo que digo es en razon del parentesco, y porque os tengo un cariño inalterable... así es que siempre os veo aquí con sentimiento... y ahora que los muchachos se han hecho unos mozos; podriais ser mas feliz.

—¿Me he quejado yo nunca? preguntó Magdalena con cierta sequedad.

—¡Oh! No os enfadeis, Magdalena...no hablemos mas de ello, tanto mas, cuanto que he venido por otro asunto; ayer vencia el alquiler de mi hijo y traigo aquí el dinero...

—¿Necesitais pues tales motivos para presentaros en esta casa? dijo Magdalena sintiendo el modo con que habia recibido las pruebas de interés de la buena mujer; vos siempre tan buena cuando mi hija y yo vamos á veros.

—No, repuso Teresa sensible al cambio de tono de la viuda, no, Magdalena, si vos...si tú estuvieras sola... ¡pero ese Pablo!

Como muchas personas, la pobre Teresa no rectificaba jamás la opinion que se habia formado sobre una persona, por lo cual era fácil comprender que su enemistad hácia el pescador debia durar mientras viviera.

—Aquí teneis diez y ocho francos, la dijo abriendo su bolsa de cuero y sacando esa suma que contó minuciosamente.

—Gracias, mi querida prima, dijo Magdalena sonriendo, en nuestras pobres chozas siempre es bien venido el que trae algo; el dinero llega siempre á propósito, y ya tengo pensado lo que he de hacer con este. Un chaleco de lana para Pablo, pues las mañanas son frescas, para Genoveva la gorra que desea hace tanto tiempo, y para mi querido Simon una corbata de seda encarnada.

—¿Y para tí nada?

—¡Oh! Yo tengo la mejor parte, dar gusto á todos, respondió Magdalena con orgullo: además, nada me hace falta.

Teresa se encogió de hombros.

—Mañana es dia de feria, exclamó al cabo de un instante de silencio; Genoveva debe salir temprano; ¿vendreis á pasar la noche en casa como soleis hacerlo para estar mas pronto en el mercado?

En este momento entró Pablo pálido y desencajado: antes de que hubiese cerrado cuidadosamente la puerta Magdalena habia creido distinguir á Picard, y aquella precaucion del pescador le probó que no se habia engañado.

—Somos nosotros...¡soy yo! exclamó Pablo.

Y echando la vista en su derredor, añadió:

—¡La vieja está aquí! ¡Qué suerte! ¡Me marcho!

Pero se detuvo, porque habia descubierto sobre la mesa los diez y ocho francos de la anciana. De un salto se precipitó á ellos, les puso la mano encima, y con una risotada estridente, recogió el dinero, le metió en el bolsillo de su chaleco, y golpeándole repetidas veces, exclamó:

—¡Ahora soy rico...ahora nos veremos, Picard!

Al ver que el fruto de sus economías destinado á un piadoso objeto pasaba á manos de un hombre que no las tenia todas consigo, Magdalena se puso pálida.

—No hareis eso, Pablo, le dijo con lágrimas en la voz, no, no lo hareis; es el dinero de la familia y ya sabeis que lo necesitamos.

No hay duda que en los hábitos ordinarios de su vida Pablo no habria codiciado aquel dinero, y habria sido el primero en respetar el uso á que se destinaba; pero aunque no estuviera enteramente beodo, la excitacion de las bebidas alcohólicas de que comunmente no abusaba, le turbaba el cérebro.

—¡Ah! repuso el pescador guiñando los ojos con una gravedad irónica; ¡ah! ¡mi querida cuñada, ya habiais dispuesto de este dinero!...Pues bien, ahora vais á ver cómo se cambia vuestros planes.

Y al decir esto soltó una carcajada, dió media vuelta y tomó el camino para salir de la casa.

Pero Teresa que adivinó su pensamiento le habia cerrado el paso, y deteniéndole le dijo exasperada:

—Ese dinero no es vuestro, es de Magdalena... es el pago de los alquileres que acabo de entregarla...podeis decírselo á vuestro buen amigo Picard.

—Mañana os daré el dinero si lo necesitais, interrumpió Magdalena, pero hoy...

Y no concluyó, pues vió que en los ojos del pescador se pintaba la ira.

—¡Ah! Eso quiere decir que hoy estoy borracho...pero aunque así fuera, ¿quién es el amo aquí? ¿quién trae el pan á la casa?...Queria conocer vuestro corazon... fiémonos pues de estas hipócritas...bueno, bueno, veremos quién de los dos perderá mas...desde mañana podeis ir á buscar á otra parte casa y comida...¿Lo oís, mujer ingrata y avarienta?

Y luego arrojando al aire las monedas que habia tomado, continuó:

—Guardad vuestro dinero, que no lo quiero ya ni hoy ni mañana... pero saldreis de aquí, y que no vuelva yo á veros en mi vida...¡porque si no!...

Y el pescador se adelantó hácia ella pálido de furor, con las manos trémulas y los ojos inyectados de sangre.

—¡Ah! ¡Estoy borracho! repitió adelantándose mas hácia Magdalena.

Genoveva que habia acudido al ruido de esta triste escena, se estrechaba temblando contra su madre.

—No permanezcais mas tiempo expuesta á las brutalidades de ese furioso, dijo Teresa á la viuda entreabriendo la puerta. Venid, partamos, quizá mañana habrá recobrado su sano juicio.

Magdalena la siguió llevándose á su hija.

Apenas habian dado algunos pasos fuera de la casa cuando encontraron á Simon que volvia á ella. No queriendo afligirle, le dijeron que deseando hallarse en el mercado muy temprano, iban á pasar la noche con Teresa.

Simon no estrañó esta circunstancia, que se habia presentado ya mas de una vez, pero con tristeza vió que Genoveva se alejaba. Ya no la veria hasta el dia siguiente, tarde quizá... y para los enamorados son siglos las horas de ausencia.

La madre y la hija pasaron una noche de angustia y de inquietud. La deplorable escena de la víspera habia dejado en la mente de Magdalena negros pensamientos que en vano trataba de ahuyentar; pensaba, no sin razon quizá, que el porvenir de sus queridos hijos Genoveva y Simon podia hallarse comprometido, y que Pablo aprovecharia una ocasion para recoger una promesa que hacia algun tiempo parecia querer eludir.

II.

Al otro dia el cielo estaba encapotado, y el viento que alborotaba las olas llevaba sobre la playa una marejada violenta. Todas las aves acuáticas huian con precipitacion, tratando de ponerse al abrigo en los huecos de las rocas, y haciendo resonar los aires con sus gritos.

A pesar de estos anuncios de borrasca, un jóven estaba sentado apaciblemente en las orillas del mar, y con la espalda apoyada en un peñon de granito, parecia desafiar á la tempestad, si es que quizá absorbido en un solo pensamiento, no oia ni veia nada de lo que pasaba en derredor suyo.

Con la cabeza vuelta hácia el sendero que del palacio de Granville, adonde Genoveva habia debido ir á llevar unas redes, bajaba sinuosamente hasta la playa, su mirada no se distraia un punto de aquel sitio.

Sin duda para engañar su impaciencia silbaba un cantar de marino, ó dejaba escapar de tiempo en tiempo una voz extraña que los ecos repetian.

Sus hermosos cabellos castaños levantados por el viento dejaban descubierta una frente espaciosa que el sol no habia curtido, y que el fresco color de sus megillas hacia resaltar aun de un modo mas notable.

A pesar de su canto, sus ojos suaves y expresivos parecian rebosar inquietud y melancolía.

De repente se levantó de un salto...Simon acababa de distinguir á Genoveva, y echando por la cuesta, la salió al encuentro.

—¡Mi querida Genoveva, has llegado por fin!

—Simon, dijo la jóven dándole el brazo y mirándole con sorpresa, ¿sabias pues á que hora pasaria yo por aquí?

—¡Esperaba verte! pero ya principiaba á temer que hubiese tomado otro camino.

Y el hijo del pescador estampaba un beso en el rubio cabello que cubria la frente de la jóven, y llevándola hácia el peñasco que poco antes le habia servido de abrigo, la hizo un asiento con musgo y algas secas.

—Simon, ¡cuán feliz soy al verte! Y mi tio Pablo, añadió con timidez, ¿no dijo nada ayer despues de nuestra marcha?

—No, nada, respondió Simon extrañando la pregunta, pues su padre le habia dejado en la completa ignorancia de lo acaecido; nada, pero su humor es terrible. Esta noche le he oido hablar alto. Se mostraba muy agitado en su sueño, y cuando le dije esta mañana que estaban dispuestas la barca y las redes, me respondió que no tenia que recibir órdenes de nadie, y menos de mí.

—Mira, Simon, hay momentos en que desearia que mi madre estuviese sola conmigo...¡Es tan buena, tan dulce, y tiene tanto que sufrir con mi tio Pablo!... Desde hace algun tiempo la veo á menudo enferma; el dia puede pasar, porque siempre está dando vueltas; pero la noche es terrible... exhala unos suspiros que parten el corazon...verás como se va con la tia Ursula, tu buena madre...añadió Genoveva enjugando una lágrima que corria por su hermoso rostro, y yo me quedaré sola, sola en Granville...¡Oh! ¡me marcharé del país!...

—No me abandonarás, Genoveva, repuso el jóven. ¿No tienes ya confianza en mí?...¿me tomas por un niño?... Vamos, nada temas, y si me amas, un dia serás mi esposa. ¿Ves mis brazos? Son robustos y desafian al cansancio...Esperaré á ser mayor de edad, y sin faltar al respeto que debo á mi padre, y aun cuando la tia Magdalena se separase de él, una vez casados viviremos con ella... ella nos querrá; nos bendecirá...nos llamará como cuando éramos niños, sus queridos hijos, y no la dejaremos nunca.

—¡Oh! sí, te creo, Simon, dijo Genoveva sonriendo suavemente al través de sus lágrimas; y para siempre estaremos juntos, lo mismo que en nuestra infancia cuando yo iba á la pesca contigo y te acompañaba hasta la puerta de la escuela.

Genoveva clavaba con amor sus rasgados ojos en los del jóven.

—¿Te acuerdas, añadió, del dia en que caí al mar jugando en la playa, cómo te precipistaste al agua sin desnudarte siquiera á riesgo de ahogarte conmigo, sin contar que te impedia nadar, porque habia enlazado tu cuello con mis brazos? Aun habias cumplido doce años, Simon, y ya tenias un valor tan grande...Sin tí, desde entonces estaria yo muerta... y sin embargo, nadie lo

© Biblioteca Nacional de España

ha sabido, pues temiendo que me riñeran, no quisiste decir nada.

Genoveva habia inclinado su linda cabeza sobre el hombro de Simon.

(*Se continuará.*)

LA AMBICION.

La mitología se vale de una fantást[ica] para darnos una idea palpable de lo [pa]radoja que es un suplicio eterno.

La paradoja se nos presenta ba[jo] tonel sin fondo que es preciso l[le]nar.

El agua desaparece como si *un abismo se la tragára.*

Un tonel sin fondo, por [pe]queño que sea, es siempre inmensamente gr[an]de.

Cualquiera puede pas[ar] toda su vida echándole agua, seguro de no lle[narlo] jamás.

El mismo Océano, que siempre que se le vé parece que va á traga[rse] la tierra, se empeñaria inútilmente en cubr[ir] sus misteriosas profundidades.

Despues de ha[ber] agotado su última gota de agua, todavía el tone[l] permaneceria vacío.

Un tonel s[in] fondo es una cosa que no tiene medida; prete[nder] llenarle es una locura; solo pensarlo dá d[olor] de cabeza.

Si ver[emos] á un hombre empeñado en llenarlo de agua, *no tendremos ningun inconveniente en* declara[rlo] loco.

Pues bien; tenemos delante una vasija toda de barro primorosamente labrada.

Esta vasija no tiene fondo, y está empeñada en llenarse.

Ha comprometido en ello su amor propio.

Esta vasija se llama hombre.

Este hombre se afana sin descanso por llenarse y siempre está vacio.

Sabiduría, poder, honores, riquezas: hé aquí el líquido fugitivo con que el hombre quiere llenar el tonel insaciable de su deseo.

¡Deseo! esa es la hidropesía del alma.

Si á un cántaro agujereado se le ocurriera alguna vez *la idea de llenarse de agua, seria la señal* evidente de que habia perdido el juicio.

La ambicion es el único cántaro agujereado que se obstina en llenarse.

El hombre, sin embargo, continúa siendo un ser dotado de razon.

Todos sabemos una cosa completamente inútil: sabemos que de todo deseo satisfecho, nace necesariamente otro deseo: la satisfaccion de un deseo es fatalmente la incubacion de otro.

Sabemos, pues, que estamos contínuamente echando agua en un tonel sin fondo, y sin embargo, seguimos echándola.

La ambicion es un estómago cuyas fuerzas digestivas son espantosas.

Es el vacío enteramente hecho en el corazon; pero ese vacío sin límites que millones y millones de estrellas no han podido llenar.

Tomad al hombre tal como es, hacedlo Dios hoy y mañana querrá ser mas.

Hay una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca, y es la de nuestra ambicion.

Tratándose de subir, todavía no ha encontrado nadie su último escalon.

Es verdaderamente incomprensible que en una cosa tan frágil y tan pequeña como el hombre, quepa una cosa tan fuerte y tan grande como la ambicion.

Pensemos un momento sobre este raro fenómeno: tomemos un guia que nos conduzca por el confuso laberinto de este misterio.

Llamemos á un matemático, al dueño de esa ciencia que hiela las ideas para medirlas.

Preguntémosle si es posible encerrar en un vaso de vidrio toda el agua del diluvio.

El matemático calculará con perfecta exactitud la elasticidad de sus labios para dejarnos ver una sonrisa matemáticamente ajustada á la extension de su boca.

Pero asegurémosle que una cosa cuyos límites no se han encontrado todavía, la llevamos encerrada en un espacio tan pequeño que apenas cabe en él un puñado de tierra.

El matemático sumará al punto la flexibilidad de sus cejas para levantarlas lo precisamente necesario á fin de que pueda pasar á su semblante toda la expresion de su repentina incredulidad.

Digámosle que esa cosa tan grande es la ambicion humana, y que esa cosa tan mezquina es el hombre.

Aquí el matemático se restará á sí mismo por medio de esa operacion aritmética, que se llama *encogerse de hombros, como si quisiera demos*trarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

Su conciencia se disminuye como una gota de agua en presencia del mar, como la luz de un fósforo delante del sol.

Se encoge de hombros para que veamos que no alcanza, ó tal vez intenta meterse dentro de sí mismo á ver si puede sondear las oscuridades del problema que dentro de sí mismo se encuentra planteado.

Ello es que el matemático no hará mas que encogerse de hombros.

Esa es la primera y la última página de todas las ciencias humanas.

*La sabiduría del hombre es un libro cuya pri*mera hoja está en blanco, y cuya última hoja no se escribirá jamás.

Llámese el mas ingenioso de los artífices, al mas industrioso de los mecánicos.

Désele toda la materia de que se compone el universo, y dígasele: haz una estátua tan grande como la ambicion humana; y nos devolverá todo el universo como si le hubiéramos dado un puñado de polvo para que fabricára una montaña.

¿A dónde vamos, pobres viajeros, con ese saco roto siempre á la espalda, siempre abierto y siempre vacío?

Ambicion de honores, de riquezas, de poder, de placeres: ¡hé ahí la revuelta confusion de vasijas agujereadas que tenemos delante!

¿De dónde ha salido ese enjambre de hidrópicos que no se cansan de beber?

Los animales mas feroces no muerden si no los irrita el hambre: pues bien tened presente que el ambicioso es un animal siempre hambriento.

¿De qué se trata? De un título mas ó menos brillante, de un puñado de oro, ó de un poco de mando.

Buscad en la historia uno por uno á todos los grandes ambiciosos; despojadlos de su fortuna y de su gloria, y no tendreis mas remedio que enviarlos á los tribunales.

Si Catilina hubiera contado con la fortuna, hubiera sido César.

Así son los grandes ambiciosos.

Pero hemos llegado á una especie de socialismo en que la mina de la ambicion es patrimonio de todos.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido librarse aun del todo, la ambicion venia á ser una propiedad vinculada en la familia de los *grandes hombres.*

Solo tenian derecho á ser ambiciosos aquellos que podian presentar á la admiracion pública los títulos de una legítima superioridad.

Esto era indudablemente un monopolio, que al fin y al cabo habia de estrellarse en el nuevo derecho.

Cuando se hace una revolucion es preciso hacerla bien; es preciso revolverlo todo de manera que cambie diametralmente el lugar de las cosas.

Los grandes talentos, los grandes caractéres, las grandes cualidades, son dones que la Providencia reparte con mano avara; pero arrastrarse por el suelo, envilecerse, degradarse, son cosas que todos los hombres pueden hacer.

El nombre, la importancia, la fortuna, la celebridad y la gloria, eran cosas que estaban demasiado altas para que todos pudieran cogerlas; era preciso crecer mucho para alcanzarlas.

Es infinitamente mas fácil doblarse hasta llegar al suelo, que elevarse sobre los demás.

En virtud de esta verdad evidente, todo lo que *habia que hacer, era poner sobre* el polvo de la tierra lo que antes estaba sobre la cabeza de los hombres.

Así se vé á la ambicion que, semejante á una culebra, se arrastra por conseguir las fugaces satisfacciones de sus hidrópicos deseos.

Hay cosas incomprensibles; la ambicion que es toda soberbia, está hoy condenada á no subir mas que en proporcion de lo que se baja: cuanto mas alto está lo que codicia, mas tiene que humillarse.

Hé aquí el sentido doble y misterioso de toda escalera.

En ella se ven á un mismo tiempo en toda su extension, desde el principio hasta el fin, dos movimientos contrarios, radicalmente opuestos entre sí, como lo negro y lo blanco, como la luz y la oscuridad.

Dos movimientos que recíprocamente se destruyen y recíprocamente se dán la vida.

Obsérvese atentamente la rareza de este extraño fenómeno, y se verá que toda la parte de escalera que sube, es la misma parte de escalera que baja.

Y *para que la irrision sea mas completa*, es imposible imaginar una escalera que solo baje ó que solo suba.

Hé ahí cómo se me presenta la ambicion de estos tiempos, condenada á bajar tanto como sube.

¿Y será esto nada mas que un capricho de la naturaleza y de los hombres?

¿No podrá ser un geroglífico ininteligible solamente, porque no queremos descifrarlo.

¿Por ventura vivir es otra cosa que deshacer la vida? ¿No es avanzar á la vez que retrocedemos? ¿No es subir y bajar al mismo tiempo?

¿No es justo, providencial y sabio que los hombres bajen por la misma escalera que suben?

Se puede dar á la ambicion humana mas terrible *castigo?*

Ahora bien: casi todos los que veis trepar por los peldaños de la escalera pública, vienen á estar debajo del resto de los hombres.

JOSÉ SELGAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE POULT DE SEDA MOARÉ, color violeta con motas negras.—La enagua va recortada por abajo en festones ribeteados por una tira bastante ancha de moaré *antique* negro, entre cada feston asoma por abajo una punta muy corta hecha del mismo moaré negro. En el centro de cada feston se vé un ramito de flores bordado con torzal de seda negro. El corpiño es de forma de levita *muy corta, ajustada, con los bordes festoneados* y adornados como los de la enagua. Mangas estrechas, con la guarnicion dicha en el extremo inferior, en la abertura y al rededor de la sisa. Sombrero de poult de seda maiz, cubierto de encage blanco y adornado con espigas de maiz. Cuello y mangas interiores de lienzo con guarnicion de encage de Valenciennes. Guantes maiz largos de piel de Suecia.

ENAGUA DE CACHEMIRA VERDE INGLÉS.—El borde inferior se guarnece con un volante dispuesto alternativamente en tres cañones, y en un espacio liso del mismo largo que el ocupado por los cañones. El borde (negro) de este volante forma greca; en el centro de cada espacio liso cae una borlita. Camiseta de nansouk; chaqueta corta de terciopelo negro; cinturon del mismo terciopelo con hebilla ancha.

JOYAS
DE
LA LITERATURA ESPAÑOLA.

COLECCION ESCOGIDA

esmerada y económica, de las obras notables de nuestros distinguidos autores.

HISTORIA de la Sagrada Pasion, por el P. Luis de la Palma. Un tomo en dozavo á 14 rs. en Cádiz y 16 en provincias.

HISTORIA del Cisma de Inglaterra, por el Padre Ribadeneira. Dos tomos en dozavo francés, de esmerada *impresion; 12 rs. en Cádiz y 13 en provincias.*

GUERRAS Civiles de Granada, por Gines Perez Hita. Un tomo dozavo francés de esmerada impresion; 12 rs. en Cádiz y 13 en provincias.

FLOS SANCTORUM
ó
NUEVO AÑO CRISTIANO,

POR EL P. RIBADENEIRA.

Se han publicado los **seis primeros tomos** y en prensa el sétimo: su precio 14 rs.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Cádiz y en las demás del reino.

Los Sres. de fuera de Cádiz que quieran hacerse de esta obra, podrán dirigirse á D. Federico Joly, calle de la Bomba n.° 1, Cádiz, acompañando el importe del pedido en sellos de franqueo ó libranza de tesorería.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes;

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Sta. Ana) n. 8.
BARCELONA, Don J. Casals, calle de San Honorato (tienda).
CADIZ, Don Federico Joly y Velasco, Torre 6.
SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.
NAVARRA y PAMPLONA, D. Enrique Uribarrena Enderi, calle de la Chapitela, n. 1, almacen de géneros de novedad para señoras. Dicho señor tiene tambien á su cargo las provincias Vascongadas.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza.
A los pedidos deben acompañarse libranzas de Tesorería ó de la Tutelar, ó bien sellos de correos ó de telégramas en caso de no haber de aquellos.
Las cartas que contengan sellos deben ser certificadas.
En las principales librerías del reino tambien se admiten suscriciones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CÁDIZ 1864. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA; Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Paris. Rue Jacob.56.

© Biblioteca Nacional de España